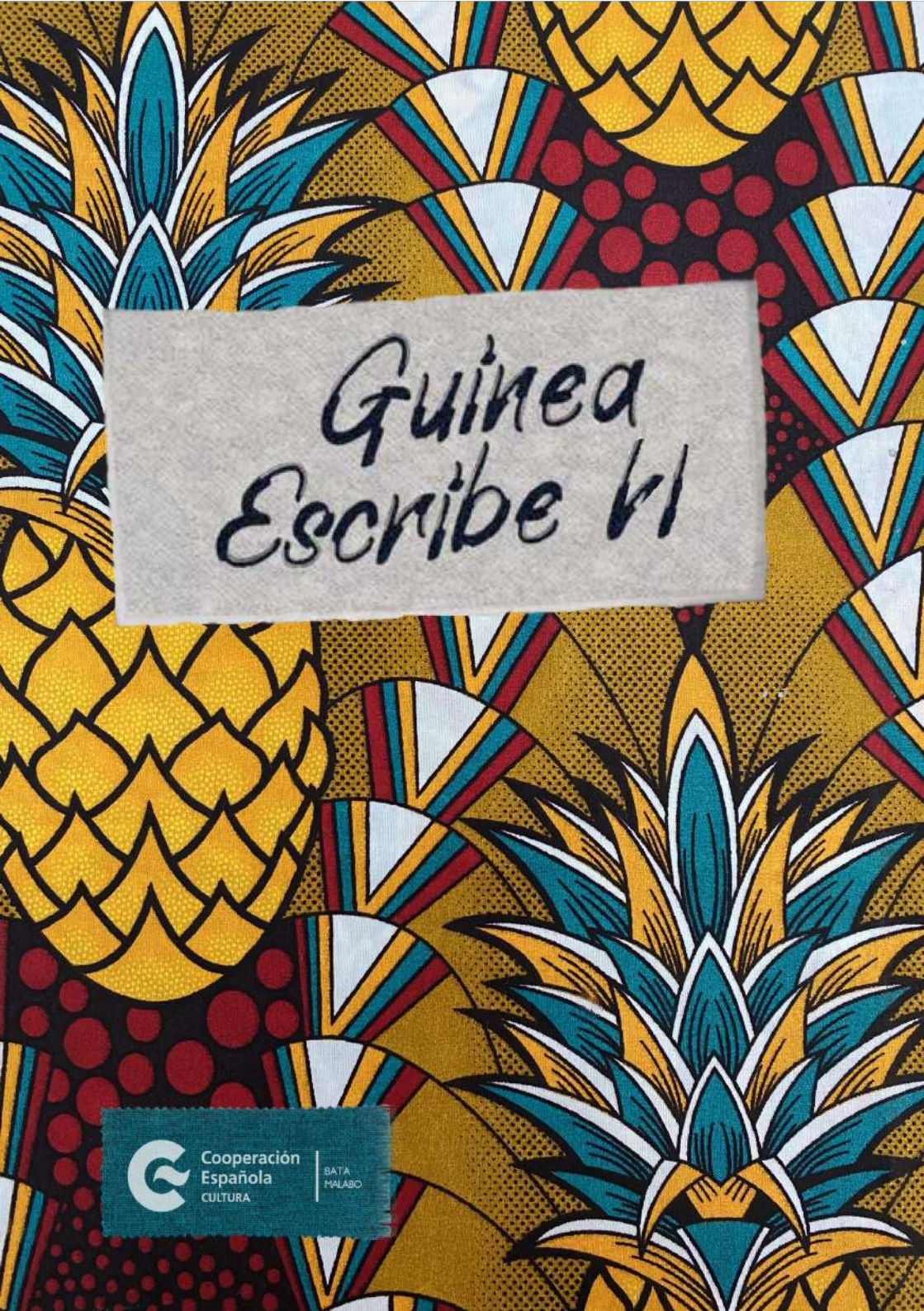




Guinea Escribe VI



Cooperación
Española
CULTURA

SATA
MALABO

VI CERTAMEN DE RELATO CORTO GUINEA ESCRIBE



Premio Literario
Fundación Martínez Hermanos

VI Concurso de relato corto // Guinea Escribe // noviembre 2021

www.ccemalabo.es

Facebook: @cce.malabo

Twitter: @CCEMalabo

Instagram: @CCEMalabo

Youtube: @CCEMalabo

www.ccebata.org

Facebook: @CentroCulturalBata

Twitter: @CCEBata

Instagram: @CCEBata

Youtube: @CCEBata

Derechos

© De esta edición: Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo

© De los textos: sus autores

© De las imágenes: sus propietarios

Créditos

Corrección de estilo: Grimaldo Eko Ndjoli

Maquetación: Luis Nsué Mia y Matías Elé Nzang

Ilustraciones: Generosa Eyang Esono Abeng

Coordinación: CCEBata y CCEMalabo

Biblioteca Digital de la AECID (BIDA): <http://bibliotecadigital.aecid.es>

NIPO impreso:

NIPO en línea:

Catálogo general de publicaciones oficiales: <https://cpage.mpr.gob.es>

Nota previa

La Fundación Martínez Hermanos colabora y patrocina el Concurso de relato corto «Guinea Escribe» - Premio literario Fundación Martínez.

Creada en 2013, la Fundación tiene como objetivo promover el desarrollo social a través de diversas áreas. Entre las que se encuentran la educación y la cultura, así como fomentar cambios de actitud y de valores que supongan un mayor compromiso de todos en la mejora de la sociedad ecuatoguineana.

Esta publicación ha sido posible gracias a la Cooperación Española a través de los Centros Culturales de Bata y Malabo, dependientes de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido de esta publicación no refleja necesariamente la postura de la AECID.

Edición no venal

ÍNDICE

Relatos premiados

Ángeles/Manuel ESONO BIKÁ

Primer premio región continental

página 9

Anguesomo/María Cristina Milagrosa NDONG JORA

Primer premio región insular.

Página 15

Calamidades de ayer/ Maribel Ayingono Manga Bikie

Segundo premio, región continental.

Página 21

Latidos/ Alfredo Junior Rieba Abe

Segundo premio, región insular

Página 29

El diario de lágrimas/ M^a Luisa EYANGA BAKALE

Tercer premio, region continental.

Página 37

El otro/ Benito NGUEMA ESONO

Tercer premio, región insular.

Página 43

PRÓLOGO

La literatura de Guinea Ecuatorial vive hoy su momento más fértil. Al tiempo que una nueva y entusiasta generación de autores comienza a tomar las riendas de las letras hispanoafricanas, el país ha visto nacer su primera editorial independiente: Ediciones Esangui, que ha tenido la generosidad de publicar esta antología.

Este libro es parte de una época donde a la pasión por la creación artística, presente a lo largo de toda la historia de este pueblo, se han sumado los medios técnicos necesarios para apoyar, materializar y distribuir las obras no sólo fuera, sino donde mejor pueden inspirar a las futuras generaciones: dentro de las fronteras guineoecuatorianas.

El relato, que es una de las formas más sublimes de narración, da cuenta aquí del talento, del ímpetu y de las inquietudes sociales de los jóvenes, que componen en este libro un mosaico de su realidad social. Leerlos es conocer sus preocupaciones,

aspiraciones y su particular y original visión del mundo.

La presente edición, la sexta desde su nacimiento en 2016, presenta las obras de los tres ganadores de la región insular y los tres de la región continental del Certamen de relato corto Guinea Escribe, Premio Literario Fundación Martínez Hermanos, que desde sus inicios los Centros Culturales de España en Guinea Ecuatorial impulsan junto a la Fundación Martínez Hermanos. Contiene, por tanto, las voces de un país diverso y plural que tiene el firme compromiso de hacerse escuchar.

CCEB- CCEM, noviembre de 2021.

ANGELES



MANUEL ESONO BIKI
PRIMER PREMIO REGIÓN CONTINENTAL

Apenas una semana después de la declaración del estado de alarma, todas nuestras vidas han cambiado. Hace sólo dos semanas mi trabajo como limpiadora en el hospital, a mis 60 años, se basaba en mantener en perfecto estado todas y cada una de las oficinas del hospital de la capital. Sin embargo, ahora, vestida como si trabajase en una planta nuclear en lugar de en un espacio sanitario, cada día de trabajo lucho contra el mismo enemigo: la COVID-19, nombre de la enfermedad que no podrá borrarse de nuestras memorias jamás. Los primeros días han sido caóticos: bajas, colapso, compañeros rendidos... Pero, personalmente, mi batalla empieza hoy. Tras dos días con fiebre, he decidido solicitar la prueba para no poner en riesgo al resto de la plantilla. Efectivamente, mis sospechas se confirman: soy positivo en COVID. Un escalofrío recorre mi cuerpo en cuanto conozco la noticia. He esperado 6 largas horas para obtener el resultado, tiempo que he permanecido en una arrebatada sala de urgencias. Al anochecer, por suerte, me han subido a planta y me han asignado una habitación. Me siento realmente asustada porque noto dificultades al respirar. Siempre he sido una mujer muy activa pues, tal y como dicen mis hijos, parece que tengo 40 años en lugar de 60. Aun así, me falta el aire, y una tos continua interrumpe mis pensamientos. Noto a las enfermeras realmente agobiadas, preocupadas y cansadas. Muchas deben estar doblando turnos porque es la misma trabajadora la que me ayuda a servirme el desayuno y la cena.

A pesar de ello, siempre me atienden con la mejor de sus sonrisas y, día tras día, preguntan cómo me encuentro y qué tal he pasado la noche. Me duele la espalda, tengo los ojos cansados y echo demasiado de menos mi hogar. Ojalá esta pesadilla acabe pronto. Los días pasan muy lentos y los médicos, enfermeras, celadores y limpiadoras (mis propias compañeras) se convierten en mi mejor refugio. Tras largas conversaciones y al experimentar todo el cariño que me transmiten no puedo evitar sentir que son auténticos ángeles. Las enfermeras más jóvenes no paran de preguntarme por mi historia de amor, asombradas por los detalles de mi marido, que me envía una rosa roja cada día.

Además, todos los días a las 20:00h, después de los aplausos, ponen la canción favorita de todos los ingresados en planta. Yo elijo 'Eso que tú me das', de Jarabe de Palo, intentando empapar de positividad mi corazón.

Varios días después, mi respiración no mejora. El médico me ha dicho que están intentando administrarme nuevos medicamentos para comprobar si surten efecto pero que, realmente, no saben cómo actuar ante este nuevo virus. Por suerte, todos los días puedo disfrutar de mi mejor medicina: la rosa y la nota enviadas por mi marido, que llegan hasta mí por medio de nuestra vecina de abajo, médica de la planta de maternidad. Es la decimoquinta que recibo desde que llegué. Además, me he aficionado a las videollamadas. Una enfermera joven me ha enseñado a hacerlas, ya que a pesar de tener un teléfono bastante moderno (o eso me dicen para consolarme), entro en crisis cada vez que tengo que hacer cualquier cosa con él. El día número dieciséis me despierto con una agitada y sonora tos. Jamás había experimentado una sensación tan agobiante, pues mi respiración no es capaz de permanecer inalterable ni dos continuos segundos. Entra, realmente alarmada, la enfermera que me ha acompañado durante tantos días. Mi falta de respiración dura en torno a dos horas, en las cuales utilizan un respirador para facilitar la entrada de aire a mis pulmones. No puedo evitar que una lágrima preceda a la siguiente, y estoy muerta de miedo. Miro por la ventana y vislumbro los últimos rayos del atardecer, mi momento favorito del día.

De repente, todo se vuelve oscuro y sólo escucho voces entrecortadas mientras noto que mi ligero cuerpo se tambalea en una fría camilla. Después, presiento que el suelo se mueve debajo de mí y presiono con fuerza la mano que sujeta a la mía. No sé de quién es, pero me acaricia con cariño. Siento mi cuerpo frío, entumecido y asustado. Noto cómo mis miembros no responden a mis impulsos y entro en estado de pánico. El cerebro me funciona a mil por hora y noto que el corazón se me va a salir del pecho, pero en el resto de mi cuerpo nada cambia y todo se mantiene inalterable. Escucho voces lejanas desde mi estado de abstracción y me temo lo peor. Estoy muy asustada y no puedo evitar pensar en mi marido y en mis hijos, en lo asustados que deben de estar. No sé cuánto tiempo ha pasado, aunque en mi cabeza todo parece realmente lejano. De repente, me parece escuchar la grave voz de mi marido y el dulce llanto de mis hijos. ¿Estoy soñando? - Mamá, tranquila, sabemos que te vas a poner bien. Eres la mujer más fuerte que conocemos... aguanta un poco más- escucho decir a Amalia, mi hija mayor. - María, cariño, voy a colgar el teléfono.

Céntrate en tu respiración y recuerda quién te está esperando ahí fuera con los brazos abiertos. Aguanta. – comenta una reconfortante voz mientras acaricia suavemente mi arrugada mano- Además, tienes que despertar ya, porque las rosas que sigue enviando tu marido van a dejarnos sin sitio en la UCI – Bromea.

Echo de menos tantas cosas... Añoro incluso los gestos que antes me sacaban de quicio. Mis pequeños ratos antes de dormir en los que devoro mis novelas favoritas, que mis hijos me cuenten qué tal les ha ido el día en el trabajo, cocinar una deliciosa tarta de queso todos los domingos por la tarde... ¿Acaso no se basa en eso vivir? ¿En disfrutar de las pequeñas cosas? No sé los días (o semanas) que han pasado, pero mi cerebro sigue manteniéndome alerta. Echo de menos los cálidos abrazos de Patricio, sin poder comprender cómo este maldito virus ha conseguido separar dos cuerpos que no lo habían hecho en décadas. Recuerdo su olor, las veces que viene a recogerme al hospital al finalizar mi turno de trabajo y nuestras noches viendo películas. Sólo pido que, si de verdad existe algún Dios, no deje que mi cuerpo se rinda sin despedirme de la persona que lleva más de cuarenta años a mi lado. A pesar de no poder reaccionar con ninguna de las partes de mi cuerpo, noto cómo una tímida lágrima se desliza por mi mejilla. Mi mente se convierte en un agujero negro y escucho el constante e irritante pitido de una máquina que noto realmente cercana. - ¡La perdemos! ¡Rápido, el desfibrilador! – ordena una enérgica y madura voz - ¡Vamos, estoy seguro de que podrá con ello! Siento cómo muchas manos acarician mi rostro y mis delgadas manos. Por favor, por favor... no quiero irme. Necesito salir de aquí. Necesito descubrir que esto ha sido sólo una pesadilla. Intento animarme a mí misma mientras escucho ‘Eso que tú me das’ de fondo.

A estas alturas no sé si estoy soñando, despertando o simplemente alejándome de este sufrimiento para siempre. Si es así, sé que me marcharé con el corazón más lleno que nunca. Jamás había sido tan plenamente consciente de la felicidad que rodea toda mi vida. Poco a poco, noto cómo cada centímetro de mi piel comienza a responder ante las órdenes de mi cerebro. Siento cómo el aire roza mi arrugada piel, cómo mis pulmones se llenan de aire y escucho gritos de alegría a mi alrededor. Mi corazón comienza a latir a toda velocidad y abro los ojos. Estoy rodeada de médicos y enfermeras que, eufóricos, se abrazan. Al día siguiente todos me aplauden al salir mientras recorro los pasillos de la UCI.

Reconozco al instante a decenas de compañeras y a muchas de las enfermeras que tanto han cuidado de mí. Con la vista borrosa y cansada, mayormente a causa de mis propias lágrimas, a lo lejos únicamente diferencio siluetas vestidas de blanco y verde. No sé si es la medicación, el cansancio o la poca ayuda que me brindan mis ojos, pero me parece vislumbrar unas reconfortantes alas en todos ellos. ¿Son ángeles...?

ANGUESOMO



MARÍA CRISTINA MILAGROSA NDONG JORA
PRIMER PREMIO REGIÓN INSULAR

Ya nada le parecía extraño. Había aprendido tanto de la vida que era el momento de que esta le respondiera y empezara a sacar lo mejor, o en su defecto, lo peor de sí. Estaba cansada de vivir condicionada, giraba en torno a todo y nada ni nadie le permitían ser ella. Tenía en la mente sabias orientaciones sobre cómo ser una buena ama de casa, una buena esposa, y, por consiguiente, una buena madre. Su abuela se había encargado de instruirla, se sabía todo lo que respectase a la tradición y a la cultura, la sociedad le había obligado a conocer la ley. Estaba harta de que sus acciones estuvieran siempre controladas por alguna u otra razón y que el universo se empeñara en limitar sus capacidades y le robara el derecho a decidir sobre sí, sobre su familia, sobre su comunidad... Por ser mujer, su existencia estaba estructurada de una cierta manera, con abismos de diferencias, prohibiciones e incertidumbres. ¿Por qué tenía que pedirle permiso a su esposo para aceptar una propuesta de trabajo? ¿Por qué tenía que quedarse en casa cuando este salía con sus amigos? y lavarle la ropa, cocinar... contar las horas mientras su esposo reconocía el camino y regresaba para hacerla suya.

Todas las mañanas, el espejo colocado en la pared de su habitación le devolvía su imagen, cada día menos viva. Se contemplaba durante horas como si quisiera ver mucho más allá de su reflejo: un rostro poco surco, una piel quizás más jovial, sin moretones, sin heridas ni cicatrices que contaban cada una, historias diferentes. La follaba, él no sabía hacer el amor. La ponía a cuatro patas y mientras la penetraba brutalmente, agarraba de su pelo o le daba palmaditas en la nalga. Ella debía cumplir, era su papel. Debía fingir que le gustaba y soportar aquel aliento a cigarrillo mezclado con alcohol que él desprendía cuando expulsaba gemidos agudos y placenteros. Debía aguantar sus rasguños cuando sentía que sus piernas se contraían y llegaba al clímax. Debía sonreír y fingir un orgasmo. Sí, debía hacerlo, porque era su papel. Porque la mujer nació de la costilla del hombre, porque somos bantús y lo obliga la tradición, porque el hombre es el que dotea, entonces, se convierte en líder...

Por eso y más ella debía soportar. Cerraba los ojos mientras inhalaba y exhalaba un aire cargado de frustraciones; quería verse fuera de aquel entorno que tantos recuerdos le traían, en un instante de sus emociones.

nes, conectar con su ego y ser únicamente ella. Pero cada vez que cerraba los ojos y los abría minutos después, se volvía a encontrar con su realidad, frente a su espejo desgastado. Los escombros todavía descansaban en el piso desde la última pelea, cuando él, colérico, apuntó el teléfono móvil a su dirección. Estuvo a punto de volarle la cabeza pero ella reaccionó con rapidez y sólo se escucharon el sonido de los trozos de cristal que cayeron y se esparcieron, además del grito ahogado que liberó. Tenía totalmente prohibidas las llamadas telefónicas. Aquel día, se olvidó de silenciar el móvil y de repente saltó el sonido de su melodía favorita. La canción de Romi So Love titulada Kelly avisaba que alguien quería comunicarse con ella, pero él, veloz, se adelantó enervado y agarró el móvil. Tras leer el nombre que figuraba en la pantalla, se alarmó e hizo caso a su primer impulso.

—¿Por qué, coño, sigue este tío llamándote? —preguntó mientras le dirigía una mirada fulminante y se acercaba airado, mostrando el móvil con una mano mientras la otra encogía sus dedos y los convertía en puño. Ella lo miraba fríamente, retrocediendo sus pasos, encogiéndose de hombros y protegiendo su rostro con las dos manos— ¿no estoy hablando contigo? —su voz cobraba más intensidad y dejándose llevar por su ira, aporreó la pared— ¿prefieres que te hablen mis bofetadas? qué quieres, ¿suspé? ¿Por qué coño te sigue llamando ese tío? ¡joder! —parecía perder los estribos.

—No lo sé —dijo ella en casi un susurro, con voz débil y temblorosa.

—¿Que no lo sabes dijiste? ¿te crees que soy lasá? —fue entonces cuando lanzó el teléfono y agarró de sus rastas blanquinegras con fuerza— sé muy bien que Obama es tu exnovio, dime, ¿por qué te sigue llamando? ¿es que no le dijiste que ya te casaste?, ¿que eres mi mujer?

—Me estás haciendo daño, ¡suéltame!, por favor. —Dijo en sollozos.

—¡Responde a mis preguntas!, ¿tu exnovio no sabe respetar a las mujeres casadas?; ¿qué pasa?, ¿te sigues liando con él?

—No, ¡suéltame! Eres un maldito celoso, debes controlar tus putos celos. Él es solo un amigo. —Se atrevió a levantar la voz y a mirarlo a los ojos, aunque con un ápice de miedo.

—¿Mis putos celos? —soltó una cachetada, la empujó y ella se cayó de espaldas sobre la cama.

—¡Eres un animal!, ¡un maldito enfermo!, ¡estás loco! —presa de su rabia, volvió a gritar con voz ronca.

—Soy todo lo que tú quieras, pero eres mi mujer, ¿me entiendes? sólo tienes que hablar conmigo, servirme a mí, darme hijos... Pero eso me casé contigo.

—¡No soy tu esclava!, machista de mierda. Me arrepiento de haberte conocido, por lo menos Obama me trataba como una dama, me respetaba y me daba mis derechos que como mujer me merezco.

—¿Tus derechos? A ver, ¿de cuáles me estás hablando? —dejó escapar una breve risa—, por favor no me hagas recordarte de dónde coño vienes. Eras una maldita muerta de hambre, ese cochino y tú erais dos vagabundos, no tenáis por dónde caer os muertos. Pero aparecí yo para sacarte de las manos de ese moribundo, te di todo lo que te faltaba, maldita desagradecida. Te traté como reina, te hice mi mujer y eres todo lo que eres gracias a mí. Tu único derecho y obligación es servir a tu marido, estar en casa, en la cocina y en la cama. Para mí no tienes ningún otro derecho y a partir de ahora, escúchame bien —dijo mientras la señalaba con el dedo índice de su mano derecha— empezarás a usar el teléfono fijo, se acabaron las llamaditas a escondidas con el imbécil de tu exnovio.

—Era feliz con él y no me daba cuenta. Sabías que estaba necesitada, sabías que mi familia estaba mal de dinero y por eso nos engañaste con tus bienes. Te aprovechaste de nuestra situación económica, pero te lo digo ahora: siempre me has importado un rábano. Entonces era una niña, con sólo diecisiete años te casaste conmigo. Has antepuesto siempre tu dinero sobre todas las cosas convirtiéndome en tu prisionera, he vivido cinco años cegada, acorralada en tu celda, pero... ¡ya basta!, hasta aquí llegaron tus faltas de respeto. Un abuso más y te atienes a las consecuencias.

—Pobrecita, —soltó una risa burlona y arqueó una ceja— ¡qué vas a hacerme! ¿a quién vas a llamar? ¿a la policía?, ¿a Promoción de la Mujer?, ¡Tonterías! Las mujeres pensáis que como estamos en el siglo veintiuno y os han ido metiendo ideas retorcidas en la cabeza, os habéis vuelto superiores a los hombres. Creéis que sois listas y que podéis ser autosuficientes. ¡Una mierda!, a mí nadie me engañará con occidentalismos. Yo soy bantú, auténtico fang, conozco mi tradición y vuestro papel, ya te lo dije antes y te lo vuelvo a repetir... vuestro papel es estar en casa, en la cocina y en la cama. Una sola réplica más y te doy otro guantazo, sabes bien que no me cuesta nada.

—Obama era mucho más hombre que tú. Lo extraño, lo prefiero mil veces a él —confiesa a gritos enfurecida.

—Extrañale todo lo que quieras, pero estás conmigo. Eres mi mujer y te lo voy a recordar cuantas veces sea necesario.

Se abalanzó a ella y volvió a hacerla suya a pesar de la resistencia de la muchacha. A veces le nacían fuerzas del cielo o del infierno para enfrentarlo pero... de repente, desaparecían y caía rendida. De nuevo volvió a sentirle tan intenso, tan profundo, tan doloroso y frente a ese espejo en donde ahora se veía a medias, se preguntaba si en verdad debía soportar toda esa tortura. Si en verdad debía dejar que él siguiese gobernando su vida, su cuerpo, sus sentimientos.

Una mezcla de sensaciones se apoderó de ella y dejó caer una lágrima mientras le dirigía una triste mirada a su esposo, cargada de repulsión. Él seguía dormido, como un tronco. Sus ronquidos inundaban la habitación perturbando la tranquilidad de la joven, ella se desvelaba y tenía que hacer esfuerzos por conciliar el sueño minutos después, pero esta vez, no iba a conciliar nada. El reloj marcaba las 23:30h de la noche, pronto sonaría la alarma que le recordaba la fecha de sus cumpleaños. Sí, iba a ser un nuevo año y la decisión ya estaba tomada.

Con delicadeza ocultó los rasguños de su rostro con el maquillaje, se soltó las rastas y sacó de su ropero un hermoso vestido negro de brillantes. Hacía mucho que no se veía tan sexi. Su mágico espejo le mostraba la forma encorvada de su cintura mientras que el escote del vestido, dejaba al descubierto parte de sus salientes senos. Se pintó los labios de un rojo vivo y finalmente, se puso unos tacones elegantes del mismo color. Estaba preciosa, por primera vez en cinco años podía verse a sí. Esa era Isabel, aquella niña tierna, humilde e inocente que se convirtió en mujer. Podía ver el brillo que saltaba de sus ojos y la sonrisa de oreja a oreja que dibujaban sus labios, ahora sí se reconocía. Por debajo del maquillaje se escondían los últimos efectos de los puñetazos de su esposo, ya había expulsado las últimas lágrimas de martirio. Ahora tocaba salir de esa penumbra y buscar su felicidad en otra parte.

No iba a llevarse nada más que lo que tenía puesto, pues, quería empezar de cero, trazarse sus propios sueños y metas. Se perfumó y acercó un bolso que hacía juego con sus zapatos, colgándolo en el hombro izquierdo después. Acto seguido, suspiró todas sus iras y sufrimientos. Volteó, allí seguía él, todavía en su mundo. No lo iba a volver a ver, así que se tomó unos minutos para observarlo, ahora no con tedio, ni con repulsión, sino con bastante compasión.

El reloj ahora marcaba las 00:00h y sonó la alarma, ya estaba lista para comenzar otra historia. Sobre la mesa se encontraban las llaves que abrían las puertas que la separaban del mundo. Rápidamente las alcanzó, las introdujo en la cerradura con manos temblorosas, agarró el pomo y la abrió. La brisa enseguida abrazó su piel de ébano, dio los dos primeros pasos hacia delante y pudo ver las estrellas, esa noche tenían un esplendor especial.
i

Era libre!, mil veces libre. Lo gritaba el cielo, lo gritaba el mar... Sonrió cuando vio a Obama acercarse con un ramo de flores. Lucía unos vaqueros rotos, una camiseta y zapatillas blancas. Se habían convertido en grandes amigos, existía una gran confianza entre ellos y lo más importante, se tenían el uno al otro para todo lo que necesitasen.

—Estás hermosa. —pronunció esas palabras con dulzura, realmente admirando su belleza.— Feliz cumpleaños Isabel Anguesomo. — Le entregó las flores, ella las recibió muy emocionada, sonreía, dejando al descubierto su blanca dentadura. Se abalanzó a él y lo abrazó con fuerza.

—Gracias,JavierObama,muchasgracias,cariño.—Ylloródefelicidad, comprendiendo que sí podía seguir adelante, lejos de amores obsesivos y cobardes. Comprendió que su papel era quererse, respetarse, valorarse y trabajar para servir al mundo, pues como mujer, tenía mucho que ofrecer a su sociedad.

—¿Preparada? —preguntó Obama, mirándola a los ojos con ternura.

—Por supuesto que sí. —Se cogieron de la mano y juntos caminaron a la luz de la luna. La suerte les acompañaría a donde fuera que vayan.

CALAMIDADES DE MI AYER



Mirabel Ayingono Manga Bikie
SEGUNDO PREMIO REGIÓN CONTINENTAL

Eran las cinco de la madrugada cuando Alberto, conductor de la empresa Delta Mar, salió de su casa para ir al trabajo. Como siempre, caminó para buscar su coche, pero se paró de repente al ver tendida en el suelo a una joven a pocos metros de distancia, se acercó despacio para ver quién era, y se sorprendió al ver que era una jovencita muy guapa la que yacía inconsciente en el piso. Parecía que había recibido una paliza, estaba sangrando y la gente pasaba de largo sin prestarle atención. Alberto se agachó para tomarle el pulso puesto que todavía respiraba. La observó durante unos instantes y quedó sorprendido, ya que la joven tenía un aspecto similar al de una prostituta, tristemente suspiró y conmovido por la misericordia de Dios, la cargó, paró un taxi y la llevó al hospital General de Bata. En la puerta del hospital, nadie le hacía caso, cada uno estaba en lo suyo, entonces comenzó a pedir ayuda. Lo primero que le preguntaron era si tenía dinero porque no estaban dispuestos a atenderle sin dinero, pues podría ser un moroso. Alberto les dijo que sólo llevaba diez mil encima y que trabajaba. Contando con esta información le atendieron, llevaron a la joven a urgencias, y tras tres horas en observación llamaron a Alberto para decirle que ya podía entrar a visitarla.

Alberto abrió sigilosamente la puerta, no accedió, se quedó parado en la entrada observando a la joven, pues tenía muchas preguntas que hacerla en ese momento. Lentamente la joven abrió los ojos, y con voz desconcertante le preguntó quién era y dónde estaba. Entonces él entró a la habitación y le contó todo lo que había sucedido; la joven entró en pánico y, a pesar de estar débil, hizo ademán de levantarse para salir de ahí, pero cayó nuevamente en cama pues aún estaba enganchada a varias máquinas. Viendo esta reacción, Alberto sonrió y le dijo que se tranquilizara. En cuanto dijo eso, ella cayó en la cuenta que ese señor era quien le había salvado la vida, entonces le habló de los gastos que había hecho por ella. Alberto sonrió y le dijo que todo cuanto hizo por ella era gratuito porque en eso consistía el amor al prójimo. Viendo que no se había presentado, Alberto le dijo su nombre y ella le dijo que se llamaba Victoria, pero que le decían Vicky. Vicky para no preocupar a su familia, les avisó y les indicó donde se encontraba. Llegaron al hospital y Vicky les dijo que había tenido un accidente de coche y que tuvo la suerte de que la recogiera Alberto, el cual le

había salvado la vida.

Tres días después, mientras ella y Alberto dialogaban en el hospital de temas sociales, ella le confesó que era bailarina, que bailaba desnuda en una discoteca y que los señores que la maltrataron son personas que la habían invitado a beber algo y querían cobrar por ello. Alberto no entendió nada de lo que ella dijo, y comenzó a mirarla fijamente a los ojos, hecho que la hizo sonrojar y le dijo: - *“Sabe, yo no elegí esta vida, todo comenzó cuando tenía quince años”*.

Aquel día amaneció resplandeciente, mis cinco hermanitos y yo, regresamos de clase con mi padre, que era taxista, que nos fue a recoger como siempre. Nos sentamos todos juntos a la mesa como de costumbre a comer, en esos momentos cursaba cuarto de ESBA, tenía muchas ganas de seguir estudiando porque mi sueño era licenciarme en Derecho. Mi padre me permitía jugar a los abogados con mis hermanitos; mi afán era enseñorearme ante a la gente para que viesen el trabajo de un taxista y ser ejemplo para todos mis hermanitos. Mi madre no trabajaba, ya que mi padre no la dejaba trabajar, pero ése fue su mayor error, porque ahora sé que toda mujer debe aprender algo para el beneficio de su futuro.

Mis padres se amaban mucho y todos éramos muy felices.

Pero fue aquella tarde, al terminar de comer y descansar una hora mi padre, cuando decidió continuar con su jornada, todavía recuerdo lo último que me dijo antes de irse... “Hija cuida de tus hermanitos y de tu madre, ten presente siempre que eres la mayor y la antorcha, haz que nos sintamos orgullosos, confiamos en ti”, que mi vida cambió por completo. Estábamos todos en la cocina cuando de repente sonó el móvil de mi madre, era un agente de policía de tráfico que le avisaba que mi padre había tenido un accidente: un fuerte impacto contra un coche de la policía, que se encontraba en el hospital La Paz, en coma; entonces vi como mi madre soltaba el móvil lentamente llorando, y supe que algo muy grave había sucedido. Mi madre cogió su bolso, me dijo “cuida de tus hermanitos porque tu padre acaba de tener un accidente, dicen que está hospitalizado en La Paz”

y se marchó; yo no podía creerlo, apenas unas horas antes estaba comiendo con nosotros y ya no iba a verlo nunca más..

Una semana después del suceso murió mi padre, todos estábamos llorando no podía creer lo que estaba sucediendo a mi familia; yo oré mucho para que Dios salvara a mi padre y Él le dejó morir, dejándonos solos. Nunca más le volvería a escuchar hablar, no podía pegar ojo, pensaba que todo era un sueño, un muy mal sueño del que me despertaría pronto. Pero no. Era la cruda realidad. La factura de la clínica ascendía a un total de nueve millones y no teníamos esa cantidad, pero juntando nuestro patrimonio y con la ayuda de la familia, pudimos cubrir la factura. Tras la muerte de mi padre, mi madre dio en alquiler dos habitaciones de la casa, ya que tenía cinco y buscó trabajo, seguimos estudiando hasta que terminó ese año escolar, recuerdo que cuarto de ESBA me fue de maravilla, mis calificaciones eran excelentes y tenía esperanzas de seguir estudiando para que mi padre se sintiera orgulloso de mí.

Ese verano conseguí un empleo en el supermercado; cobraba ciento cuarenta mil al mes, comencé a ahorrar para nuestra matrícula. Mi madre había comenzado a trabajar como empleada doméstica en la casa de una señora; se me deslizaban las lágrimas cuando veía a mi madre llegar a casa a las seis de la tarde, agotadísima y a punto de desmayar, pero y con todo, ya tenía todo planeado, que con su salario y el mío, podríamos organizarnos y así cubrir los gastos de nuestra matrícula. Después de tres meses esa señora la acusó injustamente de ladrona por razones de celos por su marido. Tuve que sacar doscientos mil de nuestros ahorros del banco, aunque el esposo de la señora puso la fianza para evitar que mi madre pagase injustamente, esa misma noche esos doscientos mil se quemaron en el incendio que, estoy casi segura, provocó la señora. Ya nos amenazó después de que su marido pagase la fianza de mi madre.

Nos quedamos en la calle. Tuvimos que alquilar una vivienda para alojarnos y seguir luchando.

Al siguiente año escolar me matriculé en un centro profesional gra-

tuito, donde aprendería ofimática. Mis hermanitos siguieron con las clases. Mi madre consiguió otro empleo. A finales del tercer trimestre todos estábamos matriculados ya para el curso siguiente y yo estaba ansiosa de comenzar las clases.

Ese verano volví a trabajar en el supermercado, y con nuestros salarios, pedimos presupuesto para reconstruir nuestra casa. Todo parecía haber vuelto a la normalidad, cuando una noche, estando todos dormidos, entró un grupo de delincuentes armados con machetes a nuestra casa, machetearon a mi madre en la pierna, nos robaron y me violaron una y otra vez hasta que quedaron satisfechos. Se marcharon, dejándome medio muerta. Cuando por fin abrí los ojos, me encontraba en el hospital, estaba aterrorizada todo el tiempo. Tuve que sacar dinero del banco para pagar los gastos hospitalarios..

Todo se volvió más difícil, yo perdí dos semanas de trabajo y madre perdió su empleo. Ahora sólo dependíamos de mi salario, y a mi madre cada vez le dolía más la pierna. La llevamos a la revisión y se descubrió que se le había infectado la herida; tuvieron que hospitalizarla nuevamente. Volvió septiembre y con él, comenzaron nuevamente las clases, mis hermanitos iban a clase para no molestar, madre no mejoraba, y los médicos nos mandaron a la clínica La Paz. No podía llevarla a esa clínica, ya que las cosas ahí son muy caras y no nos lo podíamos permitir. El hermano mayor de mi madre insistió y prometió que ayudaría a pagar la factura; acepté, la llevé a La Paz y, efectivamente, mi madre mejoró; los médicos dijeron que ya se encontraba mejor y la dieron el alta. La factura ascendió a un total de ochocientos mil. Le comenté a mi tío sobre la factura, pues se había ofrecido a ayudar a pagar la factura y él dijo que no tenía esa cantidad de dinero, que lo único que podía ofrecernos eran cincuenta mil, porque él también tenía que mantener a su familia. Los directivos de La Paz dijeron que mi madre no podía salir de la clínica si no pagaba la factura. Como el dinero no alcanzaba, a mi madre la tuvieron congelada en La Paz; todos los días la visitaba llevándola alimentos. Volví a casa con mis hermanitos, como lo que cobraba a la semana en el supermercado no alcanzaba, me puse a buscar trabajo que me permitiese sacar a mi madre de la Paz. Adjunté mis

documentos y fui depositándolos en diferentes empresas; el primer día deposité los documentos en tres empresas, el segundo día en cuatro y el tercer día, en cinco.

A la semana siguiente me llamaron de una empresa, me hicieron pruebas, la entrevista, y todo salió bien, me dijeron que podía empezar al día siguiente, si quería. Al día siguiente, cuando llegué a la empresa, me dijeron que otra persona ya había ocupado ese puesto. Me dirigí al despacho del jefe de personal para pedirle explicaciones, lo único que dijo el señor fue que lo sentía mucho, que había hecho una buena prueba el día anterior y que me merecía ese puesto, pero que las órdenes venían de arriba. El subdirector de la empresa había colocado a su sobrina, aunque ella no tenía ni idea de lo que se hacía en el puesto que ocupaba. Bajé la cabeza sin responder, me fui a casa muy triste. No me rendí y seguí buscando trabajo. Volví a una de las empresas en las que ya había depositado mis documentos y me mandaron con el jefe de personal. Éste no me hizo muchas preguntas, ni siquiera leyó mi expediente, sólo me dijo que era muy bonita y que el trabajo era mío. Me quedé pensativa porque le concediera más importancia a mi físico que a mi expediente.

Volví a casa no muy contenta.

Al día siguiente comencé a trabajar en esa empresa; ya llevaba dos semanas trabajado cuando el jefe de personal quiso pasarse de listo conmigo, pensando que era de las que ofrecían su cuerpo. Le dije que yo tenía dignidad y que no podía rebajarme a eso; y dicho eso, tomé la puerta y me marché de ahí. La gente pensará que fui tonta, que tenía que pensar en mi familia, y en nuestra situación, pero mi conciencia me gritaba que había tomado la decisión correcta, y eso para mí era lo importante.

Seguí buscando empleo, esta vez de housekeeper¹, como lo había sido mi madre en su momento, pero no contrataba. Entonces, deprimida y desesperada por no encontrar trabajo, fui al paseo marítimo a despejarme un poco mientras veía como rugían las olas al romperse contra las rocas, me quedé ahí sentada durante a saber cuánto tiempo, hasta que vino una

chica, que al parecer me estuvo observando un rato y me preguntó porque estaba sentada ahí durante tanto tiempo sin hacer nada. Le conté todo lo que me había pasado hasta el momento, omitiendo cierta información, claro está. Ella, apenada y un poco desconcertada, me dijo que tenía un cuerpo envidiable, y que si quisiera podría bailar desnuda en una de sus discotecas y el salario eran treinta mil por noche. Me sentía perturbada, aunque la ventaja estaba en que nadie me tocaba. Acepté el trabajo por mi familia. Tuve que mentir a mis hermanitos, diciéndoles que había conseguido un empleo en un restaurante y que el horario era fatal, estaban preocupados por mí debido a la delincuencia que azota últimamente a esta ciudad. En mi primera noche bailé un poco nerviosa, Melani tuvo que darme unos éxtasis que me hicieron bailar sin tener que avergonzarme y a todos les encantó, y así seguí bailando todas las demás noches consumiendo éxtasis, y Melani descontaba el dinero de mi salario. Lo más importante fue que en poco tiempo, pude ahorrar mucho dinero y cubría los gastos de la casa. Hasta el día que descubrí que mis hermanitos habían comenzado a sospechar de mí ya que el éxtasis que consumía, había comenzado a hacer efecto en mi conducta; entonces decidí dejarlo y bailar sin avergonzarme, por mi familia. No fue fácil, pero lo logré. La noche del incidente, dos hombres me invitaron a tomar una copa, me negué, insistieron y prometieron llevarme a casa, inocente o imprudentemente acepté; no conocía sus intenciones, comenzaron a comentar lo bien que bailo y el cuerpazo que tengo. Después de un tiempo les dije que ya tenía que irme, porque ya era tarde y ellos se negaron exigieron que pagara la cuenta de los refrescos que consumí. Pagué mis refrescos, pero aun así no me dejaron en paz; querían acostarse conmigo, pero yo me negué, entonces comenzaron a seguirme; entonces me sujetaron, me dieron una buena paliza y perdí el conocimiento. Desperté aquí en el hospital.

Alberto entonces recordó como el día que la encontró vio a dos hombres jóvenes corriendo en su dirección. Le preguntó si su madre seguía en el hospital, ella dijo que sí, y él se ofreció a completar el resto para saldar la factura de su madre si ella prometía que dejaría su trabajo y seguiría con sus estudios. Vicky tenía miedo y desconfiaba, ya había aprendido por las malas, que las personas no eran buenos samaritanos y que siempre pedían

algo a cambio tras hacerte un favor. Alberto le dijo que no se preocupara, que podía confiar en él, porque él le ayudaba desinteresadamente, que era cristiano y que Dios le envió al servicio de los demás, a ayudar a quienes más lo necesitaban.

Poco después, le dieron el alta y con la ayuda de Alberto, pudieron sacar también a su madre de La Paz. Victoria terminó las clases en Carlos Lwanga, aprobó la selectividad, entró en la facultad de medicina, ahora es doctora. Pues durante su estancia en el hospital y por su experiencia al cuidado de su madre, sintió el llamado vocacional a la medicina.

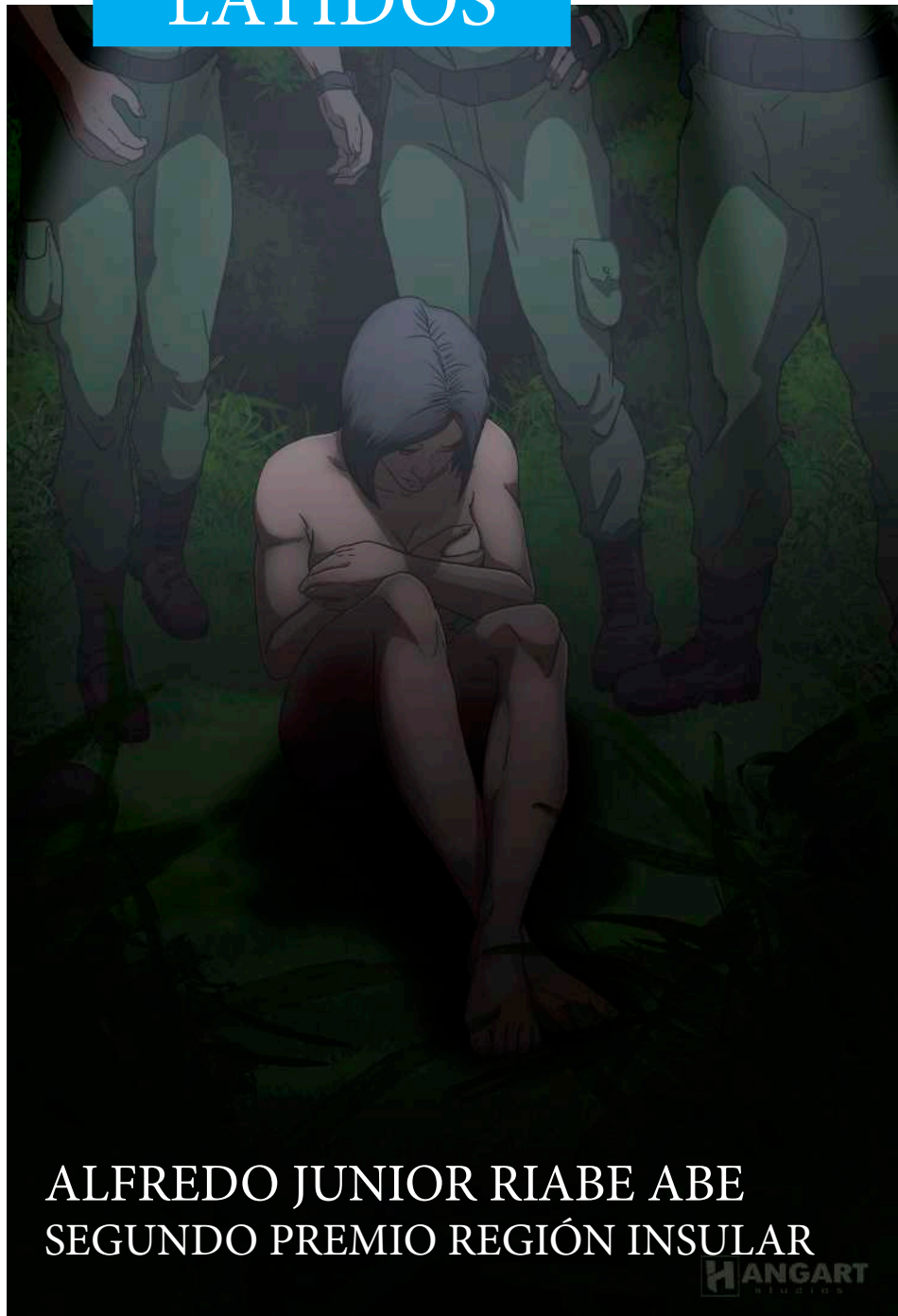
El segundo de su madre, está terminando su licenciatura en derecho; los demás hermanos también siguen estudiando, su madre comenzó a estudiar, se matriculó en el magisterio, obtuvo un diploma como maestra de primaria, tiene nombramiento y trabaja de maestra en el centro privado “Buen Pastor” de Bata.

Echando la vista atrás, Victoria se dio cuenta de que la vida tiene sus altibajos, que llegan momentos en los que piensas que no hay solución para nada, que Dios te ha abandonado y que tu mera existencia no vale nada. Pero lo que nunca hay que olvidar es que Dios nunca te abandona, siempre está contigo, y que cuanto más grandes y difíciles son sus pruebas, más grandes y dichosos serán sus bendiciones. Y que todavía existía gente que sí ayudaba desinteresadamente, pero muy pocas.

Si este mundo se está yendo al carajo, todos somos culpables. El ser humano ha perdido el amor fraternal, el amarnos los unos a los otros, quedó en el olvido; el ojo por ojo es más frecuente en el día a día; si todos buscásemos la justicia y el bienestar general para unos y otros, todo sería diferente. El mundo sería diferente.

Fueron las calamidades de mi ayer las que me hicieron madurar antes de tiempo, y eso me hizo más fuerte; ahora soy una superviviente. Dios es amor

LATIDOS



ALFREDO JUNIOR RIABE ABE
SEGUNDO PREMIO REGIÓN INSULAR

HANGART
STUDIO

Se me pasan bastantes cosas por la cabeza en estos momentos, mi reloj vibra inquieto en mi muñeca izquierda, inspiro una vez más, observo mi diminuto Apple Watch de oro blanco con grabados florales, son las doce y veintiséis minutos de la noche, definitivamente es demasiado tarde. La última persona que podía llevarme a casa se ha quedado en la fiesta en los brazos de un chico bastante indeseable con el que había estado bailando desde que apagaron las luces para que pudiésemos dar rienda suelta a nuestras técnicas de baile, que en este caso era más el prelude del sexo que otra cosa, cuando decidí marcharme aquello era prácticamente una orgía de cuerpos sudados y de mentes noqueadas por el efecto del misterioso calimocho que la anfitriona sirvió en grandes dosis a todos los invitados. Yo le di un sorbo y dejé mi copa en algún lugar de su diminuta cocina americana hasta arriba de vasos plásticos a medio beber y de gente haciendo cola para salir a fumar a la pequeña terraza contigua, lo de la distancia de seguridad por el corona virus aquí era ruido de mosquito para los oídos, me escabullí pasando en medio de todos esos tíos que se me arrimaban a la mínima tratando de bailar conmigo a la fuerza, cuatro movimientos de cadera y doce segundos del puente de “Eñe mahuva” después estaba bajando por las escaleras; la casa en cuestión estaba en la cuarta planta del bloque C-4 de la urbanización de Vicatana Makeda; con cada peldaño aguantaba la respiración, el ruido de mis propios pasos me taladraba el cerebro, el eco de la música de la fiesta quedaba atrás cuanto más cerca estaba de la entrada, cuando por fin estaba fuera cerré muy fuerte los ojos mientras me sacudía el pelo, me había caído mucha purpurina encima cuando explotaron las bengalas de la tarta, es raro, no sabía que hacían eso también, para cuando me di cuenta era demasiado tarde para mi pobre pelo.

La alarma del dichoso reloj vuelve a sonar, la apago de nuevo mientras pienso que la puse para despertarme y estudiar cuando creía que el plan de la fiesta era llegar, saludar, tomarnos algo, felicitar a la amiga de mi prima Estela, volver a casa a eso de las siete y algo, echarme tres horas y ponerme con el examen de mañana; pero como siempre Estela me engatusó y consiguió que me quedase hasta tan tarde, pienso en coger un taxi pero con la hora que es se me quitan las ganas, no digo que todos los

taxistas sean unos violadores y unos malhechores pero una nunca sabe, le doy un par de vueltas y me decido a irme caminando, nuestro piso queda más abajo, en las viviendas sociales de Carmen Galaxy, como a quince minutos caminando. Hurgo en mi bolsito ahora hecho riñonera y saco los auriculares negros de Estela, me pongo uno de ellos en la oreja izquierda mientras los conecto a mi iPhone 6 Plus con funda arcoíris, pongo el reproductor en aleatorio, me pongo la mascarilla que llevo como pulsera en el antebrazo derecho y empiezo a caminar cuesta abajo. Tardo un par de minutos en salir a la calle, todo está un poco oscuro, los puestos de pescado y carne a la brasa han cerrado y lo único que ilumina el escenario son las pocas bombillas de las abacerías que me voy encontrando, reparo en que he elegido bien los colores de mi conjunto para atravesar tanta oscuridad en silencio, mis Nike Air Huarache negras, mi falda vaquera negra también con hilos sueltos y mi top rojo vino de las Súper Nenas me hacían casi invisible, al llegar casi a la mitad del camino me cruzo con un chico, pantalones de deporte cortos, chancas de Adidas, lo sé por las franjas blancas y negras, una enorme sudadera negra con la capucha subida, cruzamos las miradas pero apenas le veo la cara, su cobertura le crea un efecto sombra que oculta su cara a cualquiera, pero veo sus ojos, son enormes y de un marrón muy claro, me pregunto por si serán lentillas, en cuanto pasa a mi lado siento un fuerte olor a humedad que me estremece el cuerpo, como a ropa mojada que se queda dos o tres días sin ser tendida al sol, el olor sigue en mi nariz incluso después de estar a varios metros de distancia, me distraigo tanto que no veo llegar la camioneta de la policía que tengo enfrente, siento que me duele la tripa, trato de hacer como que no lo he visto pero soy muy lenta.

(Aparcan bruscamente a mi lado cuando trato de cruzar la calle, doy un salto hacia atrás, dos de los seis hombres uniformados y armados con fusiles de asalto M16 o AKA's 47 saltan del vehículo y se colocan a cada lado de mí, un tercero baja por el otro lado y camina a mi alrededor durante unos segundos, me recorre el cuerpo con la mirada de arriba abajo sin dejarse nada excepto todo lo que tapa mi ropa, aunque mi figura se impone bastante y le hace un favor, me tiemblan las piernas, tanto que siento que podría caerme en cualquier momento, el inspector de mi cuer-

po camina unos centímetros hacia la parte del copiloto del coche, se detiene y abre la puerta, inmediatamente el ambiente se vuelve aún más inquietante, la farola que hay sobre nuestras cabezas parpadea cinco veces soltando un zumbido eléctrico y se enciende del todo, una voz sale de la puerta abierta, la noto detrás de mí, acercándose)

-¿Eres sorda? –Pregunta a viva voz- hablo contigo, ¿eres guineana?

-Sí, soy guineana –respondo mientras trato de mantener la calma.

-¿Qué haces aquí, no sabes que hay toque de queda? –se pone delante de mí, es un señor algo mayor, tiene el pelo corto, unos ojos diminutos que acompañan a su nariz y labios enormes, su piel es clara pero no tanto como para llamar la atención, les hace una seña con la mano derecha y estos se esparcen por la zona sin irse muy lejos.

-Ven aquí, ¿Dónde vives? –su tono cambia gradualmente, me coge del brazo.

-¿Tienes novio? –se pega a mí en silencio, noto su otra mano en mi cintura, una tremenda sacudida recorre mi columna vertebral, me acaba de dar una nalgada, lo aparto con ambas manos, se me cae el móvil, rebota contra mi pie y se precipita contra el suelo.

-¡¿Qué te pasa?! ¡No me toques! –mi mano derecha se mueve sola, le doy una bofetada en toda la cara.

- ¡Ah! –se estremece, espero que le haya dolido mucho porque me palpita toda la mano del dolor por el golpe.

-¿De qué vas, puta? –me agarra el cuello rápidamente, siento cómo me levanta del suelo poco a poco tanto que casi estoy de puntillas, es un hombre grande, muy grande.

-¿Me faltas al respeto? –me falta el aliento, siento una fuerte presión en el cuello y me da la sensación de que se me salen ambos ojos de sus cuencas, suelto un suspiro entrecortado.

- No....puedo.....res...pirar -trato de hablar pero con cada palabra me falta aún más el aire-, no....puedo...respi...rar -se me nubla la vista con cada parpadeo, ¿por qué no me ayuda nadie?, ¿voy a morir así?, ¿aquí?, cuanto más pienso más me voy, me está entrando sueño, no, me estoy desmayando pero me da la sensación de que me muero, trato de darle otro golpe pero ni modo, mis extremidades no responden.

- ¡Cállate! Te voy a enseñar a respetar, ahora verás lo que es bueno -les grita a los demás hombres algo en fang, no logro entender el qué pero cuando todos los que quedaban en el vehículo se bajan y le ayudan a subirme en el asiento del copiloto me resulta obvio, en cuanto siento me recuesto en el incómodo amasijo de cuero y colchón reducido a lámina de papel cierro los ojos y pierdo la consciencia.

Los constantes jadeos de un hombre me llenan los oídos, noto mis sentidos volviendo en sí suavemente, un montón de información me llega a través de ellos, los jadeos no cesan, abro los ojos y miro aterrorizada lo que tengo al frente, de rodillas entre mis piernas, con el torso desnudo y sudando a chorros el estrangulador me estaba penetrando agresivamente, sus embestidas eran despiadadas y profundas, al recuperar la consciencia me puse a gritar horripilada, un fuerte dolor recorría mi bajo vientre y toda mi espalda crujía al unísono con todos los demás huesos de mi cuerpo precipitado sobre la maleza mojada por la humedad extendida sobre el suelo, él se da cuenta de mi despertar y en un movimiento rapaz se lanza sobre mi pecho y me sujeta las manos por las muñecas dejándome completamente inmóvil.

- ¿Te gusta esto? -Me susurra al oído exhausto, mientras su miembro me llena de forma dolorosa -,¿te gusta? -vuelve a preguntar en medio de aquel silencio atroz, a pesar del fuerte tirón genital y de la tremenda agitación del momento no estoy para nada asustada, trato de cerrar las piernas pero no puedo, su cintura no me lo permite, se pone al nivel de mis ojos, lo veo, parece feliz, como si disfrutara esto, sigo gritando pero parece que el que está sordo ahora es él, dibuja una sonrisa mientras libera una de sus manos y empieza a estrujarme los pechos con ella, me zarandeo de dolor, quiero llorar de lo mucho que me duele pero no voy a darle el gusto de derrumbarme entre sus manos, se inclina hacia mi boca mientras tiene la mano en mi pecho, mi top casi me roza la barbilla de lo arriba que lo ha subido, se dispone a besarme, siento su aliento en mi nariz, huele a cigarrillos mentolados y cerveza caliente, mantengo la calma mientras se acerca, no sé si es por la adrenalina pero me da la sensación de que lo hace a cámara súper lenta, en cuanto posa sus duros labios sobre los míos los succiono y muerdo con todas mis fuerzas, él suelta un grito cortado por el hecho de

que tenía la boca cerrada, me suelta la otra mano de golpe, no le doy la oportunidad de hacer nada, lo empujo usando mis cuatro extremidades, se cae de espaldas a escasos metros, sus alaridos son más fuertes, me relamo los labios y escupo mientras me pongo en cuclillas, tengo la boca cubierta de su sangre ponzoñosa, vuelvo a escupir, está tumbado cubriéndose la boca con desesperación y su miembro aún erecto moviéndose inquieto en su entrepierna, me pongo de pie y le asesto un señor puntapié en los testículos, luego otro, y otro, y otro y después otro, se queda inmóvil entre la hierba alta, parece inconsciente, no me quiero acercar para comprobarlo así que me limpio la boca con el antebrazo izquierdo, se enciende mi reloj y el brillo de la pequeña pantalla me ilumina la cara, son la una y media de la mañana, ¿Cuánto he estado inconsciente?, a pocos pasos de nosotros escucho a dos chicos conversar mientras se acercan.

-¿Has oído eso? –le dice uno al otro

-Sí, deberíamos ir a ver, seguro que el jefe ha terminado con ella – responde la segunda voz.

-Ya diman tío, yo también quiero mi parte –se ríe, en seguida me echo a correr entre la maleza sin nada de ropa de cintura para abajo, reparo en que las hierbas son hojas de caña por su efecto cortante, avanzo muy pronto mientras la espesura verde me corta la piel, no puedo parar de correr, siento que se acercan, tuerzo a la derecha y después a la izquierda sin saber ni dónde estoy ni hacia dónde voy, al rato llego a un solar sin hierbas, aumento la velocidad cuando de repente siento cómo mi cuerpo se precipita hacia el vacío, trato de dirigir mis piernas hacia delante pero no me da tiempo, la gravedad me controla, mi cuerpo se detiene sobre el suelo, justo encima de varias hileras de varillas de hierro unidas al suelo con cemento y grava, noto cómo se me clavan por doquier, mis brazos, mi abdomen, mis muslos, mi pecho, mi cuello, y frenan mi peso suavemente hasta que llego casi al nivel del suelo enturbiado por un agua maloliente y mohosa, boca abajo e inclinada sobre la superficie, noto cómo me baja la sangre de la garganta, es espesa y lenta, no puedo respirar, tengo los ojos abiertos como platos.

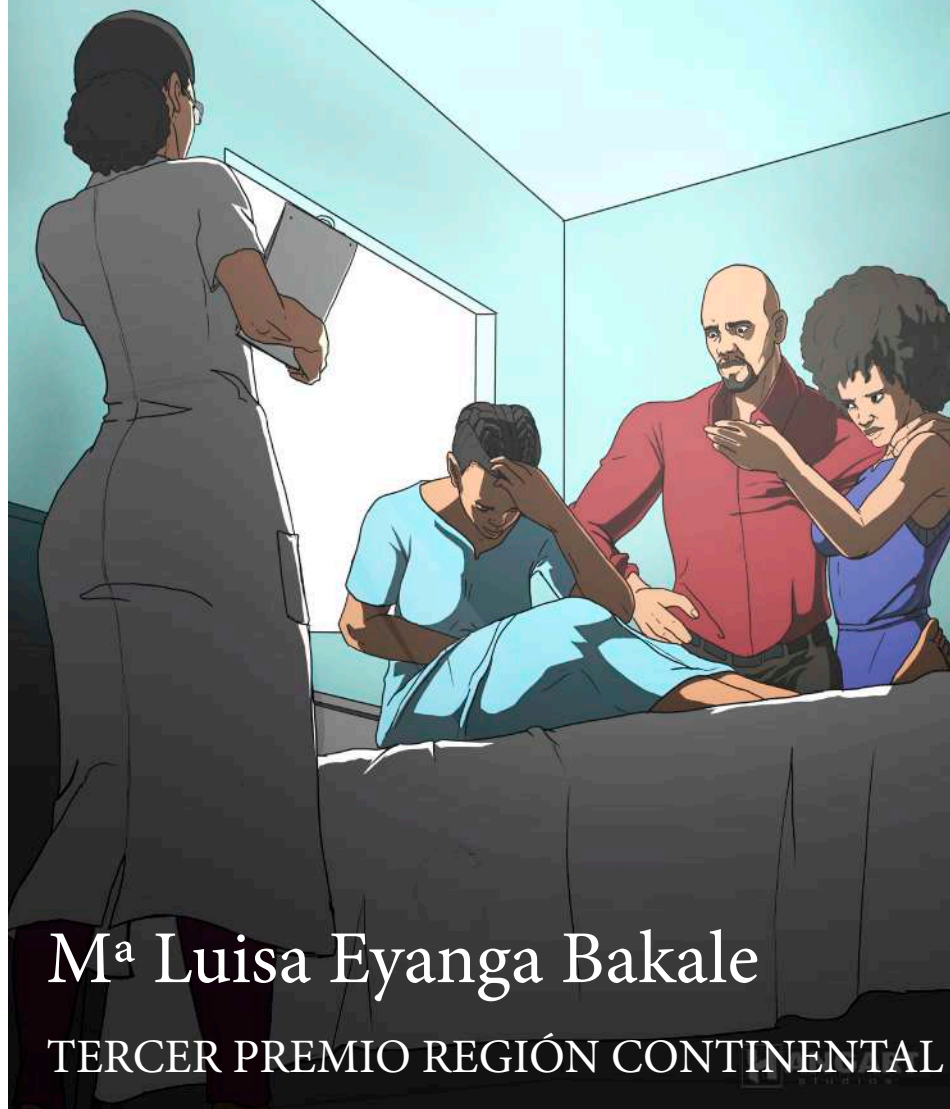
-A.....iu...da -digo casi en silencio, pero en mi fuero interno sé que nadie puede ayudarme, mi cuerpo está chorreando sangre, intento moverme pero estoy fijada y las varillas son muy altas, no puedo hacer nada

salvo ver cómo me apago suavemente, un par de lágrimas recorren mi rostro pálido, toso sangre mientras un espasmo me hace convulsionar duramente.

-Arghhh -se me cierran los ojos, siento que mi corazón va más despacio, pero oigo los latidos como si fuesen música, en mi interior creía poder escapar, llegar a alguna parte, pedir ayuda y hacer algo para que esos hombres pagasen por lo que me habían hecho, pienso en mi madre, en la última vez que la vi antes de morir ella, en lo guapa que estaba en su conjunto azul de Día de la Mujer, antes de que aquel taxista la atropellara y se diera a la fuga, pienso en mi novio, en lo mucho que quería verle pero no podía porque tenía que estudiar para los exámenes, pienso en lo mucho que sufrirán todos cuando me descubran, pienso, hasta que me apago totalmente en medio de tanta humedad, me voy, me voy.

FIN

EL DIARIO DE LÁGRIMAS



M^a Luisa Eyanga Bakale

TERCER PREMIO REGIÓN CONTINENTAL

Fue la última gota que colmó el vaso, el no a secas de mi padre y la mirada fría de mi madre. Me paralicé por unos minutos, manteniéndome firme y débil con la mirada al frente, observando la enojada cara de mi padre, sin poder parpadear y la cara desmoronada de mi madre sin saber qué decir.

Es triste recordar un pasado duro y penoso, pero más duro es vivir un presente lleno de amarguras, un presente que en el pasado nos empeñamos en crear con nuestras desobediencias para luego arrepentirse cuando ya es tarde. Es lamentable recordar las verdades dichas por nuestros padres o tutores, recordar el pasado, cuando de alguna manera sabemos que no nos espera un futuro lleno de lágrimas causadas por nuestras desobediencias a los consejos de vida.

Recuerdo aquel día, el día que revive mi conciencia como si fuera ayer, este día que parece regresar y hacerme recordar la decisión que hundió mi vida, la elección que acabó conmigo por completo.

Me llamo Ismaela y acababa de graduarme en bachillerato, daba un nuevo paso hacia la cumbre, la universidad. Había soñado tanto por llegar allí que no me creía por fin haber acabado el bachillerato. Mis padres estaban tan contentos de haberme visto seguir adelante, sin haber me tropezado en el duro camino que iba recorriendo, no me drogaba, no estaba metida en ningún tipo de relación, no salía a fiestas, no bebía, y seguía siendo virgen. Era el ejemplo a seguir de muchas muchachas de mi edad y el orgullo de mis padres, en fin... era yo el sueño de muchos padres y la envidia de muchas jóvenes, había crecido con el miedo a la otra vida por los consejos de mi padre, esto me hacía ser la hija casi perfecta, la típica niña inteligente rara y antipática.

Mis papás estaban contentos, pero no satisfechos, me hacían tener clases extras y estudiar mucho más de lo normal porque querían que me preparase para la selectividad española, sacar la mejor nota y estudiar en una de las mejores universidades de España. Gracias a Dios participé en la selectividad y aprobé con un notable.

Poco tiempo antes de viajar a España, me fui a una fiesta con mis primas, mis padres me dijeron que tenía que regresar a casa más tarde a las 20:00h, que, llegada esa hora, tenía que estar en casa. La fiesta fue tan duradera y emocionante que ya no tuve tiempo de mirar mi reloj, yo solo quería pasarlo bien y pasé por alto sus normas. Había bebido y estaba totalmente borracha, me deje llevar por esta sensación, ya que me sentía tan bien, seguí bebiendo ya que no había nadie que me dijera lo contrario. Regresé a casa de mis padres a eso de las 3:00h de la madrugada y encontré a mis padres frente a la casa esperándome, parecía que venían a darme la bienvenida. La verdad, me dolía mucho la cabeza, estaba mareada y no estaba dispuesta a escuchar sus sermones, por lo que me fui directamente a mi cuarto.

A la mañana siguiente, mamá se empeñó en despertarme. Eran las 11:00h de la mañana, con presión me decía que tenía que ducharme porque iba a acompañarla a un lugar. Minutos más tarde estaba lista, me subí al coche con ella y de pronto nos encontrábamos en el hospital La Paz... Me traía a ver a un ginecólogo para que pudiera revisarme y ver si me había acostado con alguien. Me sentía mal, ridícula, no podía creer que siguiera haciéndome esto, de pequeña me llevaba cada mes a ver a uno, pero me sorprendió que a mi edad siguiera controlándome de esta forma. Tenía 18 años, pero en ocasiones me sentía aún más pequeña de lo que era, por este control y sobreprotección de mi madre.

Unos días más tarde mi mamá le propuso a mi padre que me fuera del país, pero papá no estaba de acuerdo, porque de repente él no quería tenerme lejos, pero como la mayoría de las mujeres logran convencer a sus maridos, ella logró convencer al suyo y tres meses después me encontraba fuera de Guinea.

España...

Me encontraba en España, rodeada de blanquitas presumidas que me sacaban de quicio, no era mi casa, pero al menos no estaban mis padres... Me encontraba en la ciudad de Madrid, me instalé en un apartamento que pagaban mis padres desde Guinea, Era normal que me sintiera sola y que me aburriera un poco.

Mi vida allí era la misma rutina todos los días, hasta que conocí a Isabela, una chica maja que vivía en el apartamento de al lado y era finalista en mi universidad, los días con ella eran una fiesta... Hablaba con mis padres y les decía que todo estaba yendo bien, que los extrañaba y que tenía ganas de regresar, obviamente era una excusa, sabía que si les decía esto realmente pensarían que quería regresar y me dejarían más tiempo y eso es lo que yo quería.

Salía en las noches, regresaba a la madrugada sin preocuparme de nada, estaba llevando la vida a mi manera, sin padres que dieran la lata, ni sermones que escuchar. La verdad, me perdí, pero me daba igual porque al fin podía ser yo misma, libre y todo gracias a Isabela, que era la amiga que necesitaba o al menos eso creía.

Una noche, durante mis primeras vacaciones de verano me pidió que la acompañara a un club... y pensé en alcohol y diversión... Nos encontramos con unos amigos suyos, eran unos hombres mayores y elegantes. Nos sentamos en la zona VIP, bailamos y bebimos. Al principio noté que algo no iba bien: me sentía más mareada de lo normal, pero seguí bebiendo y de repente se volvió todo borroso, escuchaba voces profundas, pero pensé que alucinaba, luego me aparecieron las caras de papá y mamá que enojados me miraban, y gritando me dijeron ¡despierta!

Me asuste y de pronto me levanté, me levante de una cama que no era la mía, en un cuarto que no era el mío, me encontraba en uno de los cuartos que tenía el club para los que querían pasar la noche allí, estaba desnuda, confundida; y cada vez que intentaba recordar algo, me dolía intensamente la cabeza, miré a mi alrededor, y no había nadie, intenté levantarme, pero sentía que me dolía mi parte íntima, miré la cama y encontré gotas de sangre sobre las sabanas, me fui al baño a llorar, frustrada, dolorida, cansada y enojada conmigo misma al intentar imaginar que había sido víctima de un engaño y de una violación. Llamaba a Isabela por el móvil y no contestaba, me fui a su casa y no la encontré, pregunté a los vecinos y me dijeron que se había ido a París aquella misma mañana a pasar las vacaciones según les dijo ella, pero yo sabía que ella no iba a regresar porque

al entrar en su apartamento me di cuenta que ella llevó casi todas sus pertenencias de valor y sumado al hecho de que ya había terminado con su carrera, supe que se había largado definitivamente. Gritaba al recordarlo todo, al recordar paso a paso como había sido todo desde el principio, desde el día en que se acercó y me dirigió la palabra.

Llegamos a la casa y la verdad no me atreví a dar detalles del viaje, quería estar sola y asimilar lo que me había sucedido, entonces mis padres me dieron tiempo para calmarme y luego contárselo, ya que no quería hablar sobre el tema y estaba deprimida. Unos días más tarde, comencé a sentirme mal, sabía que no estaba comiendo bien y que lo único que hacía era pensar en lo que me había sucedido, pero tampoco era motivo para sentirme así. Mis padres me llevaron al médico. Jamás podré olvidar aquel día, fue el 28 de junio del año 2019 a las 17h:30 cuando la doctora entró con cara de ausente, diciendo, que debía hidratarme más a menudo, dijo que me había hecho todas las pruebas de sangre y que estaba embarazada...

Me lavé y me lavé, y por más que me lavaba no me sentía limpia, me moría de la vergüenza al pensar en mis padres, ¿qué les diría?, ¿cómo empezaría a contar esta historia?, sabía que mi mamá me volvería a llevar al ginecólogo, y no sabría aceptar ni admitir que había sido engañada, burlada, usada, etc...

Estaba en mi apartamento, miraba el móvil constantemente, unas cien llamadas de mis padres que no me atrevía a contestar, no tenía ganas de hablar con nadie. Pero después de muchos días me puse en contacto con ellos, intentando mentir y fingir que todo estaba bien, pero ellos se dieron cuenta, por mi voz, que no estaba bien.

Tres semanas después, me encontraba tumbada en el sofá y de pronto alguien llamó a la puerta y abrí: era mi padre que triste y preocupado venía a buscarme... me interrogó para saber qué me pasaba, pero no le decía nada, solo lloraba, y pasados tres días con lo mismo él decidió llevarme de vuelta a Guinea...

Mi madre me miró con cara de decepción y mi padre simplemente siguió mirando a la doctora, y ella a su vez le entregó un papel a papá que tranquilamente lo leía, hasta que sorprendido se tapó con una mano la boca, me dirigió una mirada fría y, entre lágrimas, me pregunto:

-¿Qué hice mal?

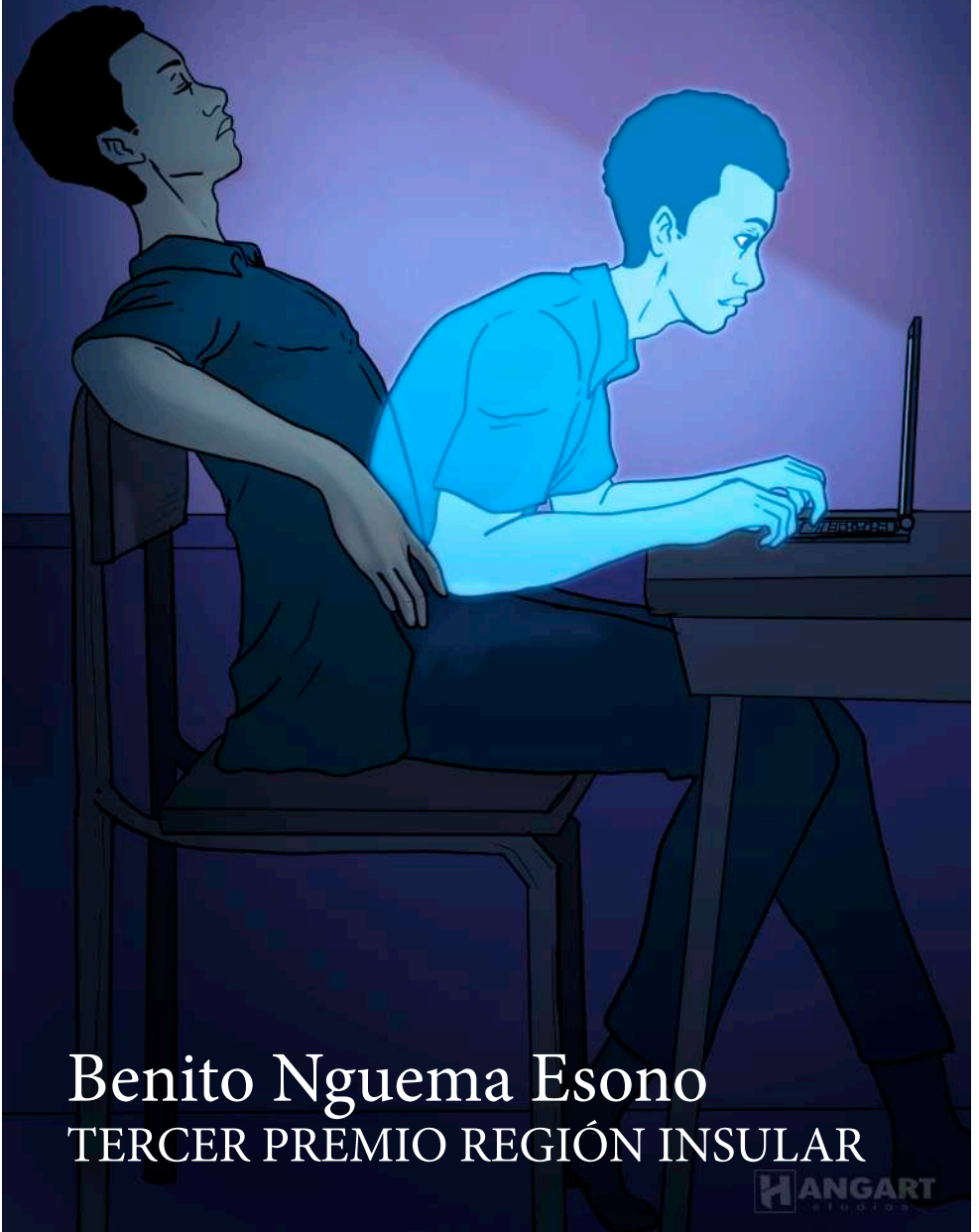
Le mire, se levantó, se acercó a mí y me entregó el papel, salió de la sala de donde me encontraba y se fue... Me fijé y al final del papel vi VIH... POSITIVO.

Volví a mirar una y otra vez el resultado de la analítica, me froté los ojos y volví a mirarlo. No me lo creía. lo único que volví a revivir fue el recuerdo de aquel desagradable día; no solo estaba embarazada sino también infectada, me desmoroné, lloré y volví a llorar, pero luego me di cuenta que, llorando, no podía volver atrás, no podía retroceder para evitar irme al club que me invitó Isabela, no puedo volver el tiempo atrás, salvo asumir que estoy mal y que él bebé que estaba esperando, vendría a sufrir por algo que él no causó.

Papá me tomó por una deshonra y poco después me echó de casa, y más tarde falleció mi madre en un accidente de coche. Yo estaba embarazada, infectada, pero seguía siendo la única hija querida por mi padre. Comencé con un tratamiento para combatir el virus, tomaba la medicación para poder salvarme y salvar al pequeño que crecía en mi interior, me uní a un grupo de gente marginada y temida como yo, aunque me avergonzaba admitir que tenía sida, asumí que era mi realidad, un hecho del que jamás podré escapar. Quisiera volver a ser la niña perfecta de la que estaban orgullosos sus padres, pero ya no, porque esa niña inocente se fue.

Ahora ando por las calles de mi ciudad fingiendo ser normal, fingiendo estar feliz, ocultándome aparentando ser feliz, aunque en el fondo, y detrás de todas estas apariencias... lloro.

EL OTRO



Benito Nguema Esono
TERCER PREMIO REGIÓN INSULAR

HANGART
STUDIOS

Llevaba más de una hora mirando la pantalla de mi ordenador. Tenía delante de mí una página en blanco, donde el cursor aparecía y desaparecía sin cesar. Tenía que empezar a escribir. El único problema era que no tenía ni la menor idea de por dónde comenzar. Hacía tantos años que no escribía y me acordaba perfectamente de porqué lo dejé. No tiene ningún sentido escribir en un lugar donde los libros no se toman en serio. Entonces, ¿por qué me proponía volver a escribir? ¿Por ese certamen de relato corto que encontré por casualidad en internet? No, qué va. Ni siquiera era por el premio económico. Era por un motivo mucho más grande que todo el oro del mundo. Un artista seguiría expresando su arte aunque no le pagasen por ello, incluso si su vida estuviese amenazada. Por eso solo un artista lo puede entender.

Maldita sea, tenía que centrarme. Necesitaba concentración. Pero mi mente continuaba divagando y haciendo monólogos sin parar. Cualquier estímulo externo me resultaba un motivo de distracción. Un ruido procedente de algún lugar de la casa, el sonido de la tele del vecino o el rugido de un vehículo en la calle. Me sentía agotado tras varias horas de esfuerzo tratando de concentrarme. El sueño comenzaba a invadirme lentamente y no me resistí. Me recliné en el respaldo del sofá y me relajé, sin apartar la mirada de la pantalla del ordenador. El monótono parpadeo del cursor me resultaba hipnótico. Aparecía y desaparecía. Aparecía y desaparecía. Aparecía y...

Me desperté sobresaltado por el sonido de un objeto cayéndose al suelo. Me incliné para mirar y vi que se trataba de mi teléfono móvil. Lo recogí y lo volví a colocar sobre la mesa. Creo que me había quedado dormido mientras miraba la pantalla vacía del ordenador. Pero entonces me sobresalté de verdad. Lo que mis ojos vieron fue tan fuerte que el corazón me dio un vuelco.

Mi mente no se podía creer lo que mis ojos estaban viendo. La página ya no estaba vacía. Ahora aparecían dos extensos párrafos escritos, como si hubieran salido de la nada.

Me levanté rápidamente del sofá y recorrí toda la casa, inspeccionando las puertas y ventanas. Todo estaba cerrado desde el interior, tal como yo lo sospechaba y no había ninguna otra persona viviendo conmigo en aquella casa. Era consciente de que aquella era una reacción estúpida y en el fondo yo sabía que nadie se había colado por la casa para escribir furtivamente esos dos párrafos en mi ordenador. Entonces ¿qué otra explicación racional se le podía atribuir a ese fenómeno?

Veamos. Según el reloj, estuve durmiendo durante unos quince minutos. Si nadie más había intervenido durante este breve espacio de tiempo para teclear en mi computadora, la única explicación lógica era que aquellos párrafos los había escrito yo mismo. Posiblemente no me acordaba de haberlos escrito porque en aquel momento estuve extremadamente agotado, lo cual pudo provocarme una especie de amnesia. Bueno, aquella explicación tenía sentido y me resultaba suficiente como para recobrar la calma. De modo que volví a sentarme y leí lo que aparecía escrito. Inmediatamente me di cuenta de que aquellos párrafos estaban escritos con una maestría increíble, con tal habilidad que a duras penas yo podía igualar. ¿Cómo era posible que mi cerebro hubiese podido desarrollar tanta creatividad en el momento de máximo agotamiento? Ese era sin duda un enigma digno de un intelecto como el de Sigmund Freud.

Después de aquel acontecimiento, creo que pasé algunos días sin volver a escribir. No sabría explicar exactamente por qué lo hice. Quizás temí no poder igualar y estar a la altura de aquellos dos primeros párrafos o simplemente tenía miedo de que aquel fenómeno volviese a ocurrir. Sea por el motivo que fuese, recuerdo que dejé pasar deliberadamente aquellos días, hasta que finalmente tuve que volver a escribir. Era de noche cuando encendí el ordenador y coloqué el cursor justo debajo del segundo párrafo y comencé a escribir. Pero tan pronto como hube escrito unas cuantas líneas volví a bloquearme y la mente se me puso en blanco. Dejé escapar un suspiro lleno de frustración. Al cabo de un larguísimo momento sin poder escribir una sola palabra más, tuve que rendirme. Apagué el ordenador, me levanté y me fui a la cama.

A la mañana siguiente me desperté más tarde de lo habitual. Me sentía extrañamente cansado, a pesar de haber dormido durante más de ocho horas. Además, había tenido un sueño muy extraño. El problema era que yo no podía recordar gran cosa de aquel sueño. Pero estaba seguro de que dicho sueño estaba relacionado con el relato que yo intentaba escribir. Entonces, sin pensármelo dos veces, fui directamente al ordenador y vi que estaba encendido, lo cual era completamente inusual, porque recordaba haberlo apagado justo antes de irme a la cama. Pero eso no era lo peor. Al acercarme bien descubrí que ahora había dos páginas enteras escritas, en lugar de solo dos párrafos.

Me quedé sin aliento. No podía creer que aquello me estuviese pasando otra vez. Permanecí ahí de pie, completamente petrificado, mirando aquella máquina con incredulidad, sin atreverme a tocarla, mientras notaba los fuertes y violentos latidos de mi corazón, que galopaba en mi pecho como un caballo desbocado. ¿Qué explicación podía darle ahora a ese fenómeno? La hipótesis de la amnesia claramente perdía valor frente a esos nuevos acontecimientos. ¿Sonambulismo? Desde la infancia nunca he sido sonámbulo. ¿Pero de qué manera podría asegurarlo o negarlo? ¿Cómo puede una persona saber lo que ocurre mientras duerme? Claro, una cámara de seguridad resolvería el enigma. Pero no había dinero para comprarme una de esas, de modo que la única opción era usar la cámara incorporada del ordenador y guardar las grabaciones nocturnas en el disco duro.

Los resultados no se hicieron esperar. Aquella misma mañana, lo primero que hice fue revisar las grabaciones. Y lo que vi me heló la sangre en las venas. Pude ver que, a los pocos minutos de quedarme dormido, mi cuerpo volvió a incorporarse y se sentó en la cama. Volteó la cabeza hacia el ordenador y se quedó mirando fijamente a la cámara durante un instante, como si estuviese consciente de que le estaban grabando y como si aquello no le molestase lo más mínimo. Después se levantó de la cama, se detuvo enfrente mismo del ordenador y acercó el rostro hacia la cámara. Y entonces ocurrió lo peor. Sonrió.

Detuve la reproducción del video inmediatamente y borré la grabación. Era demasiado horrenda incluso para tenerla en mi disco duro. Acababa de visualizar la película de terror más terrorífica de mi vida y ahora no sabía si había hecho bien en grabarme mientras dormía, a pesar de las varias advertencias que encontré en algunos foros paranormales de internet. Nunca jamás volví a grabar. Creo que a partir de aquella noche no he vuelto a dormir bien. En realidad, pienso que no he vuelto a dormir más de cinco horas seguidas desde entonces, aunque tampoco podría asegurarlo. Además, ahora me sentía increíblemente cansado todas las mañanas, como si hubiese estado activo durante toda la noche.

A partir de entonces los acontecimientos parecieron precipitarse de una manera siniestra. Era como si cuando aquello supo que su existencia había sido descubierta, ya no tenía ningún motivo para ocultarse. En el apartamento donde vivía yo solo, ahora parecía que vivíamos dos. Cuando me despertaba ahora por la mañana, podía encontrar en toda la casa indicios de que alguien más había estado ahí. Los objetos aparecían en lugares diferentes de donde yo los había colocado, especialmente la computadora, que ahora siempre la encontraba encendida. A esas alturas estaba claro que no se trataba de simple sonambulismo. Aquello había llegado demasiado lejos. ¿Desde cuándo vivía eso en mi cuerpo? ¿Estaba ahí desde que nací o simplemente se me acopló en algún momento de mi vida? ¿Lo llevamos todos dentro o soy un caso aislado? Lo cierto es que, sea lo que fuese, parecía que había estado oculto en mi interior, esperando las condiciones necesarias para manifestarse.

En realidad, podría haber dejado a eso vivir su turno de noche mientras yo vivía de día, podríamos haber encontrado la manera de coexistir. Pero había un solo problema. Cada vez me sentía más cansado. Era como si aquello me estuviese drenando las fuerzas, de modo que mientras se hacía más fuerte, yo me volvía mucho más débil. De hecho, a veces me sentía tan débil que me resultaba prácticamente imposible realizar las tareas más sencillas de la casa. Me pasaba el día entero cabeceando, porque por las noches me daba miedo dormirme y de día también, para evitar que aquello tomase el control de mi cuerpo.

Lo cual era una eterna batalla que me extenuaba todavía más. Estaba claro que yo tenía un problema y necesitaba ayuda.

Pero no puedes ir al psicólogo y contarle una historia como esa y esperar que no acabes en el manicomio. Tampoco puedes contárselo a un amigo y esperar que no te trate como un loco. De modo que no tengo a nadie que pueda ayudarme realmente a salir de esta pesadilla. Supongo que hay mucha más gente en el mundo pasando por situaciones similares, sin tener a nadie a quien contárselo, ni siquiera a sus seres más queridos. Esa es la razón por la que estoy escribiendo esto. Es la única manera de contarlo al mundo. Sé que no conseguiré la ayuda que estoy buscando, pero al menos me servirá de alivio saber que alguien leerá mi historia y entenderá por qué tipo de infierno estoy pasando en estos momentos. Dios, qué cansado me siento.



Hoy me he despertado junto a una completa desconocida. Una chica con el cabello teñido de rubio que me ha llamado Benito. Me quedé contemplándola estupefacto. No conocía su cara ni recordaba haberla invitado a mi casa.

Entonces comprendí. Creo que me quedé dormido en el semáforo en algún lugar entre Martínez Hermanos y el Centro Cultural Español, mientras regresaba del trabajo, y aquella cosa tomó control. Por esa razón me resultaba imposible recordar cómo llegué a casa. Entonces entendí realmente la gravedad de mi caso. Esta cosa podría tomar el control definitivo de mi cuerpo en cualquier momento y yo desaparecería sin dejar rastro. Me sumiré en un sueño profundo, como este ser ha estado durmiendo hasta ahora, y no sé si volveré a despertarme jamás.

Mi desesperada búsqueda de ayuda me ha llevado a leer los temas más diversos: he leído libros de psicología, libros de parapsicología y libros de ocultismo. Leí sobre el trastorno de personalidad múltiple, sobre las posesiones diabólicas, sobre las larvas o parásitos astrales y sobre otras criaturas que nos acechan en las sombras, esperando el momento preciso para hacerse con tu cuerpo. Algunos de esos seres se encuentran alrededor de nosotros, pero otros ya están en nuestro interior y solo esperan las condiciones psicológicas necesarias para atacar, como un virus que se encuentra en fase de incubación. El cuerpo humano es como una casa y puede albergar varios espíritus al mismo tiempo, sin necesidad de que se conozcan en-

tre sí.

Cada uno de ellos anhela el control absoluto del cuerpo y usará cualquier medio disponible para alcanzar su meta.

Llevo ahora más de siete días seguidos sin dormir y creo que no podré aguantar mucho más. Se me están cerrando los ojos de puro sueño en este momento mientras escribo estas líneas.

Soy como un náufrago que nada contra la corriente; si deja de nadar un solo instante la corriente le arrastra río abajo y se ahoga.

He leído sobre la privación de sueño y puedo asegurar que las consecuencias son desastrosas. Necesito dormir, pero sé que en el instante mismo en que cierre los ojos ese ser se hará con mi cuerpo.

De modo que me encuentro ante un dilema que debo resolver cuanto antes.
Necesito dormir.

He estado reflexionando largamente y he tomado la decisión de entregarme al sueño. Me tumbaré tranquilamente en la cama y dormiré a pierna suelta hasta agotar el mínimo rastro de sueño.

Dormiré durante veinticuatro horas si hace falta. Necesito recobrar las fuerzas. Puede que mañana no despierte o puede que lo haga. Hasta ahora he sido el anfitrión de este cuerpo, pero puede que ahora me convierta en el huésped y ese ser se convierta en el anfitrión.

Solo existe una manera de salir de dudas. Pero, por si acaso, terminaré esta especie de diario y me aseguraré de que alguien lo encuentre. De ese modo, de alguna manera no habré desaparecido completamente.

¡Dios, qué sueño tengo! Necesito dormir.



Cooperación
Española
CULTURA

BATA
MALABO



EMBAJADA
DE ESPAÑA
EN GUINEA ECUATORIAL



aecid



Cooperación
Española
CULTURA

BATA
MALABO



MINISTERIO
DE ASUNTOS EXTERIORES, UNIÓN EUROPEA
Y COOPERACIÓN



aedid



Cooperación
Española



1921-2021
100 años
de Diplomacia
Cultural